

Vicente Muñoz Puelles
Escritor

A los jóvenes no se les enseña qué pasó en la guerra. El escritor valenciano Vicente Muñoz Puelles lo hace en sus dos últimas novelas: 'La perrona' y 'La guerra de Amaya'

La guerra civil contada a los niños

BEL CARRASCO
El ocio infantil está plagado de guerras. Batallas imaginarias y virtuales que enfrentan a héroes y villanos con gran efusión de sangre, vísceras, y altas dosis de violencia. Sin embargo, muy pocos escritores se han atrevido a contar a los jóvenes cómo fue la contienda más atroz para nosotros, la guerra civil española. Vicente Muñoz Puelles lo ha hecho, y por partida doble, en sus dos últimos libros publicados: *La perrona* y *La guerra de Amaya*. A partir de la memoria de su propia familia, Muñoz Puelles elabora un relato sereno y ecuaníme, sin cargar las tintas ni maquillar el horror.

Pregunta: *La guerra de Amaya* es una recreación de la juventud de su madre en la Revolución de Asturias que continúa la historia de la infancia de sus tíos en Rusia contada en su libro anterior, *La perrona*. ¿Cómo ha articulado la ficción con la realidad?

Respuesta: Como explico en el epílogo de la novela, me he basado en un cuaderno que he-

redé de mi madre a su muerte, una especie de diario, donde ella contó esa parte de su vida. *La perrona* es la historia de los miembros de mi familia que fueron a Rusia, y *La guerra de Amaya* es la de los que se quedaron en España y huyeron de Gijón, para afincarse en Valencia. No he necesitado inventar nada, porque en ese cuaderno de mi madre, algunas de cuyas páginas se reproducen fotográficamente al final del libro, estaba todo. Además, ella ya lo contó bastante bien. En cuanto a las dificultades, siempre intento adoptar el punto de vista de mis personajes.

No me costó identificarme con mi madre, ni ver Valencia como ella la vio al llegar aquí, porque la ciudad que ella conoció era, en buena medida, como la ciudad en la que yo nací, y que aún añoro. Tampoco me costó contar su juventud en Gijón, ni la guerra en el Norte, porque voy allí con mucha frecuencia a hablar de mis libros en colegios e institutos. Mis abuelos eran maestros nacionales, y he llegado a presentar *La perrona* en el mismo instituto

donde ellos enseñaban.

En cuanto a la familiaridad con la trama, ha sido una ventaja a la hora de contarla. Al conocerla bien, siempre he sabido qué partes podían resultar más interesantes y qué partes podía suprimir sin afectar a la esencia de la historia. Quizá lo único difícil ha sido eso, suprimir todo aquello que podía interesar al hijo, pero no necesariamente al lector.

P.— ¿Cómo cree que hay que contar a los más jóvenes ese traumático episodio de la historia española?

R.— Muchos jóvenes murieron durante la guerra civil española. De hecho, la inmensa mayor parte de los que murieron eran jóvenes. Si pudieran morir, ¿cómo no van a estar capacitados para leer sobre esa época? Lo que yo hago es contar las cosas como ocurrieron, día a día, como si sucediesen ahora mismo, y dejar que cada lector extraiga sus conclusiones, si quiere. Existe, por otra parte, cierto desconocimiento de la época de la guerra civil por parte de los jóvenes, debido fundamentalmente, en mi

opinión, a que, a la hora de estudiar, la Historia Contemporánea se suele sacrificar en beneficio de otros periodos, como el reinado de los Reyes Católicos. Y la Historia del siglo XIX es esencial para entender la nuestra. Hasta donde yo sé, *La perrona* y *La guerra de Amaya* son las dos únicas novelas sobre la guerra civil editadas en una colección para jóvenes.

P.— ¿Qué diferencia al escritor que cultivó con éxito la novela erótica del que se ha consagrado como autor para niños y jóvenes, Premio Nacional de Literatura Infantil?

R.— El autor es más o menos el mismo, pero los destinatarios son distintos, al menos en principio. También el tipo de trabajo es el mismo, porque se trata de imaginar y contar una historia con palabras, de transmitir ideas y sensaciones. A la larga, todo es literatura, cuando es buena. Y si es mala, como buena parte de los libros que se publican hoy en día, tanto para los niños y jóvenes como para los adultos, no merece la pena hablar de ella. Tampoco descartar, claro está, seguir haciendo novelas supuestamente eróticas o de cualquier otro tipo.

P.— ¿Los lectores menores son más o menos agradecidos que los adultos?

R.— Los lectores más jóvenes son difíciles de engañar. Muchos acaban siendo malos lectores, a base de recomendarles malos libros. Pero, cuando se les da la libertad de elegir y de buscar por sí mismos, se convierten en lectores apasionados y, lo que es mejor, en escritores excelentes. Quizá deberíamos fijarnos más a menudo en lo que escriben los niños. Y sí, son más agradecidos. Cuando voy a un colegio de Asturias, de Madrid o de Málaga, con frecuencia me encuentro con pancartas de bienvenida, confeccionadas por los niños. Y me enseñan los trabajos que han hecho, basados en mis historias. Los adultos, claro, nunca llegan a eso.

P.— Su padre recibió un importante premio literario en su

lecho de muerte. ¿No cree que la sociedad valenciana es algo lenta y perezosa, incluso renuente a la hora de reconocer a los que descollan? ¿Por qué sus libros triunfan más en el norte que por estos pagos?

R.— La sociedad valenciana está tremendamente politizada. Eso, que no es malo en sí, puede resultar nefasto a la hora de reconocer los méritos ajenos, sobre todo en el campo de la cultura. Además, hay una falta evidente de lecturas. Cuando se lee tan poco, o no se lee, la literatura se convierte en un exotismo. Pero cada



uno sabe qué ha hecho, y si está a la altura de sus expectativas. A la larga, la mejor recompensa es el propio esfuerzo.

P.— Acaba de finalizar la Feria del Libro con bastante éxito de ventas y público. ¿Cómo ve el panorama editorial desde esta periferia?

R.— En mi novela de ficción científica 2083 anticipé un mundo sin libros de papel, donde la lectura quedaba circunscrita a los usuarios de lo que se llamaba, creo, *Cosmonet*. Supongo que se seguirá editando en papel durante un tiempo, del mismo modo que se siguen produciendo vinilos. En cualquier caso, y por mucho que cambie el soporte, habrá escritores que necesitarán contar historias, y lectores que querrán leerlas. Espero que aún sepan saborearlas.



En blanco y negro, imagen de archivo que muestra la Revolución de Asturias, en 1934. Junto a estas líneas, el escritor Vicente Muñoz junto a uno de sus gatos.